

John Connolly

HIJOS DE EVA

colección andanzas

SERIE
DETECTIVE
**CHARLIE
PARKER**



TUSQUETS
EDITORES

JOHN CONNOLLY
HIJOS DE EVA

Traducción de María José Díez Pérez

TUSQUETS
EDITORES

La tienda de antigüedades propiedad de Antonio Elizalde, heredada de su padre, al igual que su nombre, se encontraba en la calle del Beso, cerca del cruce con la avenida de San Luis, en la localidad mexicana de Santa Ana Tlachiahualpa. La tienda no parecía muy prometedora desde fuera, con su escaparate polvoriento, su fachada ruinosa y su despliegue de mobiliario, cuadros y platos craquelados por los que, al parecer, ningún cliente se interesaba. Sus horarios de apertura, como su propietario, eran extravagantes e impredecibles, pese a que el propio Elizalde residía en la planta superior. En su día esos horarios constaban escritos a mano en una tarjeta colocada en la esquina izquierda del escaparate, pero años de sol los habían descolorido hasta tornarlos ilegibles, si es que alguna vez habían aspirado a serlo.

Elizalde, de sesenta y muchos años, era un hombre soltero, y probablemente seguiría siéndolo. Delgado como un cadáver, de tez amarillenta y con un gusto por la ropa que se decantaba por pantalones de franela gris, camisas de rayas de tonos apagados y chaquetas de punto raídas sin importar la temperatura o la estación del año, atraía pocas miradas de admiración, ni siquiera de las viudas y solteronas del pueblo más desesperadas. Su universo parecía ser pequeño, incluso para los estándares locales. Se limitaba a su lugar de trabajo, la iglesia de Santa María, la tienda de ultramarinos Abarrotes Polo y el restaurante y bar Zitala, en el último de los cuales fumaba cigarrillos Marlboro (hasta que la prohibición de fumar en lugares públicos lo obligó, como a tantos otros, a satisfacer su vicio a escondidas, como un delincuente), y no bebía más de dos *palomas* por noche. Un par de veces al

año, dejaba el pueblo para embarcarse en viajes de compras, desaparecía sin armar alboroto y regresaba del mismo modo, sin avisar. En una ocasión, una anciana de la localidad que volvía de visitar a sus nietos en el norte lo vio en el Aeropuerto Internacional de Ciudad de México y se quedó tan conmovida al encontrarse a Elizalde fuera de su entorno natural que tuvo que sentarse un momento para recuperarse. Él se limitó a levantar el sombrero a modo de saludo y se encaminó a su puerta de embarque, con el pasaporte en la mano, divertido por el efecto que había causado.

Elizalde no era arisco, pero su sociabilidad era casi tan limitada como su órbita, raramente iba más allá de comentarios educados sobre el tiempo, el fútbol o los errores de los políticos, tanto nacionales como locales. Nadie le reprochaba a Elizalde su reserva, porque era cortés y pagaba sus facturas a tiempo, ambas cualidades más raras en la sociedad de lo que sería deseable. Se creía que tenía dinero —de otro modo habría hecho mala publicidad a su profesión—, aunque no tanto como para convertirlo en blanco del robo o la extorsión. Tal vez su empresa habría tenido más éxito si hubiera anunciado sus artículos en internet o encontrado un local más cercano a Ciudad de México, pero en aquellas ocasiones en las que se pronunciaba al respecto, afirmaba que internet era muy ruidoso —demasiado ruidoso, significara eso lo que significase— y que Ciudad de México era más ruidosa si cabía. ¿Y quién podría criticarlo por ello? Que prefiriese mantener Santa Ana Tlachiahualpa como su centro de operaciones y dejar que los norteamericanos, chinos y europeos fueran a él si querían comprar —porque a verlo acudían, aunque no en masa, y siempre con cita previa— era algo digno de ser celebrado, no criticado.

Los clientes de Elizalde a menudo se presentaban acompañados por los guías locales que los habían conducido hasta su puerta, aunque algunos compradores llegaban desde Ciudad de México con sus propios chóferes, expertos en seguridad que no hacían el menor esfuerzo por ocultar las armas que llevaban. Los clientes no tenían nada que temer de Elizalde, que era un comerciante honesto aunque caro, pero México sufría un exceso de mala fama, a pesar de que los visitantes extranjeros corrían más riesgo de que los secuestraran en Nueva Zelanda o Canadá que en Nuevo León

o Chiapas. En cuanto a que les disparasen, bueno, eso era otra cosa, si bien las Bahamas eran más peligrosas que la península de Baja California cuando se trataba de balas perdidas, y lo cierto es que nadie quería ver a turistas tiroteados. Llamaba demasiado la atención y, de todas formas, los cholos preferían cazar a su propia gente, pendejos como eran.

De manera que hombres y mujeres adinerados entraban en la tienda oscura y fresca de Elizalde, donde se les ofrecía agua embotellada, un refresco, una cerveza e incluso whisky o tequila si así lo preferían. También disponían de té y café, pero la mayoría optaba por algo más frío después del viaje. Raras veces la hospitalidad de Elizalde se rechazaba de plano, ni siquiera le decían «ahorita» o «en un ratito, por favor», una descortesía que, en el caso de que se produjese una venta, tendría como consecuencia que el cliente fuese objeto de un descuento menor del que habría recibido en caso contrario. Después de esas negociaciones, suponiendo que fuesen satisfactorias para ambas partes, Elizalde invitaba a una ronda esa noche en el Zitala, donde sus vecinos brindaban por su buena salud y suerte.

Nadie —ni Elizalde ni la comunidad en general, aunque era inevitable que los metiches murmurasen entre ellos— hablaba de la naturaleza exacta de lo que vendía, porque colocar cuadros malos y mobiliario Art Déco deslucido rescatado de las residencias más empobrecidas de Coyoacán no debía de ser suficiente para mantener la modesta existencia de Elizalde, aun considerando que era propietario del edificio en el que vivía y trabajaba. Además, si bien su lealtad al pueblo resultaba admirable, ¿acaso su decisión de permanecer allí no había tenido que ver con su proximidad a la antigua ciudad de Teotihuacán? El gran yacimiento arqueológico abarcaba más de veinte kilómetros cuadrados, sus inmensas pirámides, su Calzada de los Muertos y su historia de sacrificios humanos atraían a más de cuatro millones de turistas al año, algunos de los cuales deseaban regresar a casa con algo más que fotografías de ruinas o copias de figuritas del Dios Viejo, el Dios Gordo y el Dios Desollado.

Cierto es que algunos decían que México no debería permitir que sus tesoros se vendieran con tanta facilidad (ni tan baratos)

por hombres sin escrúpulos. Otros argumentaban que el país ya poseía más que suficientes vasijas y figuritas antiguas, la mayoría de las cuales estaban acumulando polvo en los sótanos de los museos o los desvanes de las universidades. ¿Qué importaba que un puñado de ellas acabasen en Estados Unidos, Europa o el Lejano Oriente? El señor Elizalde pagaba sus impuestos, hacía donativos a la Iglesia y compartía parte de su recompensa cuando se cerraba una venta, legal o no. Si alguien registrara aunque solo fuera un puñado de casas en la localidad, encontraría objetos similares en estanterías o junto a las puertas, descubiertos entre el polvo por el abuelo o el tío de alguien y conservados por la familia en lugar de entregarlos al Estado. El que esté libre de pecado que tire la primera piedra; cree el ladrón que todos son de su condición.

De manera que Elizalde seguía con su negocio sin que nadie lo importunase. Vendía objetos de valor no solo de México, sino también de Perú, Chile, Colombia y Ecuador. No siempre venían con documentación, pero su autenticidad era incuestionable. Entre los coleccionistas de cierta índole, el nombre de Antonio Elizalde era garantía de calidad y de probidad. Sus años en el sector le habían proporcionado contactos fiables en navieras y en la ANAM, la Agencia Nacional de Aduanas de México, pero también podía organizar el envío de compras al otro lado de la frontera con Estados Unidos en coche o camión, evitando la clase de inspección más exhaustiva que solía implicar el tránsito por aeropuertos.

Tal vez todo habría seguido igual —ventas regulares de piezas por lo general pequeñas y fáciles de transportar, que generaban unos ingresos destinados a costear un estilo de vida cómodo pero sin ostentaciones— si aquellos cigarrillos Marlboro no hubieran afectado a Elizalde: primero en forma de tos, luego de dolores en el pecho y, por último, tras ignorar los primeros avisos, de un tumor del tamaño del puño de un bebé. Elizalde nunca había estado enfermo de gravedad antes, su familia alardeaba de una feliz historia de longevidad seguida de muertes relativamente rápidas, y él nunca había visto ninguna razón para invertir en un seguro médico. Aparte de eso, también era supersticioso y consi-

deraba que asegurar su salud, al igual que redactar un testamento, era el preludio de una decadencia inevitable, una invitación a que la muerte se sentase a la mesa de uno. Solo cuando un roce con el covid lo dejó pugnando por respirar, convencido de que se ahogaría, y se encontró haciendo cola con otros por lo menos igual de enfermos que él en una clínica del pueblo, decidió que alguna forma de cobertura quizás fuese sensata, aunque se decantara por la opción más económica. Ahora Elizalde se veía obligado a enfrentarse a las consecuencias de su mezquindad. La calidad de la sanidad privada en México era excelente y los hospitales de Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey se contaban entre los mejores, pero el tratamiento que él requería era caro, y ni siquiera una existencia dedicada al comercio ilícito de antigüedades mesoamericanas bastaría para pagar las facturas y dejarlo en una situación de solvencia económica para poder disfrutar de la vida después.

De modo que, cuando la inmersión en diversas aguas milagrosas no logró curarlo, Elizalde optó por implicarse en un acto de robo y contrabando sin precedentes en su trayectoria, uno que le proporcionó unas ganancias lo bastante cuantiosas para cubrir el grueso de su tratamiento, si bien traía aparejado un riesgo personal considerable si llegaba a saberse su complicidad en los hechos. Claro que, si no hubiera aceptado participar, se habría visto obligado a jugársela con otra pandilla de delincuentes, a saber, sus aseguradores. Estos ya habían dejado claro que cualquier cosa que estuviesen dispuestos a ofrecer daría para tratar tal vez solo uno de los dedos de aquel puño maligno, dejando el resto en manos de la sanidad pública. La elección, por tanto, era entre un tratamiento lento y doloroso contra el cáncer —que, con la tendencia natural de Elizalde al pesimismo, solo conduciría a una muerte lenta y atroz— y la perspectiva de otra década o más de supervivencia tras someterse al mejor tratamiento médico que el dinero pudiera pagar. El inconveniente de la segunda opción era la posibilidad de sufrir una muerte atroz distinta —lenta según los estándares de, pongamos, un ataque al corazón, pero lo que dura un suspiro en comparación con un cáncer— si la víctima del delito relacionaba a Elizalde con su comisión.

Elizalde escogió la segunda opción, porque solo un idiota no lo haría, y todo había salido sin ningún contratiempo, porque a la gente moderadamente buena a veces aún le pasaban cosas buenas. El pago se realizó tras la recepción segura del cargamento en Estados Unidos, y Elizalde solicitó que los fondos se enviaran a su oncólogo, que sabía que no le convenía preguntar sobre su procedencia. Sin embargo, por si el fisco mexicano mostraba algún interés, el dinero se canalizó a través de una fundación privada sin ánimo de lucro registrada bajo la Sección 501(c)(3) del Código de Impuestos Internos como una organización benéfica de salud, establecida en 2022 a través de un servicio administrativo legal *online* y registrada en Delaware, Estados Unidos. Siguiendo el consejo de un cliente anónimo, Elizalde, pobre y asustado, había escrito a la organización benéfica poco después de recibir su diagnóstico y en su poder tenía una copia del correo electrónico que había enviado, así como la estimulante respuesta que había recibido. Dios bendiga a América.

Y de este modo, mientras el sol se ponía, Antonio Elizalde volvió caminando de lo que sería su último viaje a Zitala durante un tiempo. Al día siguiente tomaría un avión a Monterrey, donde comenzaría una terapia que, le habían advertido, sería desagradable, pero probablemente también un éxito. Había disfrutado de una última *paloma* e invitado a una ronda del mejor tequila del bar a todos los presentes, que le desearon buena suerte en la lucha que se avecinaba. Había liquidado —a precio de ganga, aunque así y todo con beneficios— todos los artículos de dudosa procedencia que seguían en su tienda y había llegado a un acuerdo con una familia del pueblo para que se encargase del edificio mientras él estaba fuera. En una bolsa de papel de estraza de su panadería favorita llevaba tres panes dulces, dos de los cuales pensaba comer para desayunar a la mañana siguiente y el tercero en el avión, dado que comer un pan dulce era un conocido remedio contra el miedo.

En flagrante incumplimiento tanto de la ley como del consejo del médico, Elizalde también iba fumando los cigarrillos que le quedaban en su último paquete de Marlboro, alegando que el daño ya estaba hecho y unos pocos pitillos más no lo matarían. Como si fuese cosa de la Divina Providencia, se acabó el cigarrillo

justo cuando llegó a la iglesia de Santa María. Entró y rezó una oración por sí mismo. Más tarde, en casa, tenía pensado quemar incienso y hacer una ofrenda a la Gran Diosa de Teotihuacán, deidad del inframundo, madre de la creación, porque toda precaución era poca, y la Gran Diosa llevaba por allí al menos tanto tiempo como santa María.

Elizalde se detuvo en la puerta de la iglesia para abotonarse el abrigo antes de salir. Desde su diagnóstico, sentía más el frío, lo que él atribuía a la proximidad de la muerte. El pueblo estaba en silencio; no había niños ni perros, ni siquiera un pájaro picoteando la tierra. Era como si el resto de la humanidad se hubiese desvanecido, dejando a Elizalde como el único hombre vivo. Intentó no tomárselo como un mal augurio, una premonición de un futuro estado del ser en el que él quedaba reducido a un espectro que se aparecía en los lugares que había conocido en vida, invisible a los demás del mismo modo que los otros eran invisibles para él. Le vino a la cabeza la melodía, muy querida por su padre, de *Nadie es eterno*, cantada por Antonio Aguilar:

Todo lo acaban los años.
Dime, ¿qué te llevas tú?
Si con el tiempo no queda
ni la tumba ni la cruz.

Era una canción de sufrimiento y pérdida, del tipo que solo a un mexicano le parecería reconfortante, reflexionó Elizalde. Decidió aceptar la soledad y disfrutar de las calles desiertas mientras volvía a casa. Al llegar a su tienda, se detuvo junto al escaparate y contempló su reflejo, casi aliviado al encontrar la confirmación de su persistente sustancialidad. Una forma se abatió sobre su cara, y él reaccionó tratando de apartarla instintivamente, hasta que se dio cuenta de que era una araña que tejía una tela al otro lado del cristal, descendiendo en rapel por la efigie de Elizalde. La vio llegar a la parte baja y aterrizar en una bayoneta que se había utilizado en la Batalla de San Jacinto en 1836; ahí, el arácnido se unió a más miembros de su especie. Con gran desagrado, Elizalde se percató de que el escaparate estaba atestado de pequeñas arañas

negras. Se figuró que un saco de huevos que le había pasado inadvertido había eclosionado hacía poco, liberando a las crías, aunque estas fueran inesperadamente grandes para ser recién nacidas. Si hubiera visto el saco a tiempo, podría haberlo rociado con lejía y agua para matar a las crías antes de que nacieran. Ahora tendría que encender todas las luces, coger una aspiradora e intentar aspirar a tantas pequeñas cabronas como fuera posible antes de que le invadieran la tienda.

(Pero, si hubiera mirado bien, Elizalde también habría visto otros insectos: escarabajos, ciempiés, cochinillas, tijeretas y más. Y aunque las arañas cazaban a algunos, a la mayoría no les hacían ni caso, porque las arañas, como el resto, estaban demasiado ocupadas intentando escapar...)

Elizalde se apresuró hacia la puerta principal, la abrió y se internó en la oscuridad, donde sintió crujir pequeños cuerpos bajo la suela de sus zapatos. Encendió la luz y vio que el suelo estaba cubierto de arañas: arañas domésticas, gracias a Dios, no viudas negras, reclusas o vagabundas, lo que habría sido algo muy distinto y lo habría obligado a cambiar su última noche en casa por la seguridad de una habitación de hotel hasta que los exterminadores se hicieran cargo de la plaga. No obstante, las arañas eran repugnantes en tales cantidades y quizás lo obligasen a pasar la noche en un hotel de todas formas: no estaba convencido de que la aspiradora fuera capaz de acabar con todas, y no podía empezar a arrojar cubos de agua con lejía sin dañar el suelo de madera, las paredes y, peor aún, sus existencias. Y, por difícil que resultara liquidar algunos de los artículos que le quedaban, más difícil aún sería deshacerse de ellos si tenían manchas blancas. Pero ¿de dónde habían salido las puñeteras arañas? De hecho, ¿de dónde habían salido los otros bichos?, porque ahora también los veía, incluso cuando pasaban corriendo por su lado para desaparecer en la noche a través de la puerta abierta. ¿Acaso había un incendio? Sin embargo, no olía a humo.

Oyó un movimiento en la tienda, a la que se accedía por el pasillo principal a través de una puerta a su izquierda. La puerta se abrió a su despacho, que era poco más que un cuartucho lleno de papeles polvorientos. Si había un intruso, habría entrado por

la parte de atrás del edificio, puesto que la puerta principal estaba cerrada con llave e intacta, y la alarma no había saltado. Elizalde veía el resplandor de la lámpara en su despacho, que permanecía encendida día y noche. La luz natural no llegaba hasta el fondo de la tienda, y él ya tenía bastantes cicatrices en las espinillas por calcular mal las distancias entre los objetos sin añadir más oscuridad a la ecuación. Tal vez su vecina, la señora Cárdenas, o alguno de sus hijos, hubiese entrado para ver cómo estaba. De ser así, ¿qué hacían dando traspiés entre las antigüedades, a no ser que también ellos intentasen descubrir la razón de esa plaga?

Lo curioso era que, si bien subían por las paredes y se arrastraban por el suelo, las arañas no mostraban el menor interés en Elizalde y dejaban una zona despejada alrededor de sus zapatos, como si su ropa hubiera sido tratada con repelente. A medida que avanzaba hacia la puerta interior, ellas seguían evitándolo; quizás hubieran aprendido de la suerte que habían corrido sus hermanos y hermanas aplastados cuando él había vuelto. Elizalde sacó su revólver mini del bolsillo de la chaqueta. Tenía el arma desde hacía años y siempre la llevaba consigo, como si un comerciante envejecido que tenía su negocio en un pueblecito pudiera ser un blanco tentador para algún pinche narco con un vicio que mantener. La NAA pesaba menos de un cuarto de kilo, pero tenía cinco balas del calibre 22 que dejarían unos agujeros difíciles de tapar.

Elizalde no se anunció antes de entrar, ya que esa era una buena manera de que lo mataran a uno. La puerta estaba entreabierta y las bisagras bien engrasadas, así que no hizo ningún ruido al abrirla del todo. Al otro lado, el pequeño despacho estaba vacío, a no ser que uno contara las arañas y los insectos. El resplandor de la lámpara, unido a la luz de la luna que se colaba a través del revoltijo de objetos del escaparate, permitía entrever unas partes de la tienda y dejaba otras sumidas en la sombra. La lámpara no apuntaba hacia la puerta, y Elizalde se quedó detrás para evitar convertirse en un blanco demasiado fácil. Sin embargo, no percibió ningún rastro de un intruso ni oyó ningún movimiento más.

Le llamó la atención un objeto que estaba en el suelo, dorado por la luz de la lámpara. Era una figurita: la representación de la

Gran Diosa a la que él pretendía hacer una ofrenda antes de acostarse. La guardaba en una estantería de su despacho, oculta por archivadores, bolígrafos y material de papelería, porque no quería que posibles clientes con los debidos conocimientos la viesan y empezaran a hacerle ofertas. La Gran Diosa era un legado de su bisabuelo, que la había encontrado en Teotihuacán mucho antes de que la ciudad se convirtiera en un yacimiento de la Unesco. La estatuilla, muy bien conservada, hubiera debido estar en un museo y no envuelta en tela y metida en un nicho de piedra. Pero Elizalde, como sus antepasados, sostenía la opinión de que su legado era tan familiar como nacional y, en tanto estuviera bien cuidado y no abandonara el país, estaba cumpliendo con su deber para con él. Incluso se podía argumentar que allí la estatuilla desempeñaba la función que se le había asignado como deidad del hogar a la que había que respetar y venerar, en lugar de estar atrapada detrás de un cristal para que los ignorantes la mirasen como bobos durante unos segundos y la olvidasen al momento. La Gran Diosa lucía un tocado de plumas y una máscara en el rostro. De la nariz colgaban tres colmillos, y ella sostenía semillas en una mano y una jarra de agua en la otra. Todavía se distinguían restos de pigmento rojo y amarillo.

Y alrededor de la Gran Diosa correteaban arañas, estas más grandes que las demás, pero evitaban a la deidad. De pronto Elizalde empezó a entender, aunque fuese una comprensión nacida del reconocimiento de lo numinoso. A la Gran Diosa se la representaba con frecuencia en compañía de criaturas nocturnas, como jaguares o lechuzas, pero a menudo también arañas, porque estas, como ella, preferían la oscuridad. ¿Era una señal, un augurio en la víspera del comienzo de su tratamiento? De serlo, ¿significaba que estaba bendecido o que sobre él pesaba una maldición? ¿Y cómo había acabado la estatuilla en el suelo? Quizás se hubiese teletransportado —si era capaz de invocar arañas, a saber qué más cosas podría hacer—, pero Elizalde se sentía más inclinado a pensar que alguien la había colocado allí. Esto se confirmó cuando oyó un carraspeo y una voz de hombre habló desde las sombras.

—Menudo espectáculo, todas esas arañas —dijo—. Las está llamando la diosa para que la protejan, a las que no han intentado

escapar por miedo. No lo habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

El acento era norteamericano, pero Elizalde no terminaba de ubicarlo. Había tratado con gringos de todo Estados Unidos y Canadá, y ese hombre sonaba como si todos ellos se hubieran fundido en uno; no neutro, sino más bien como una amalgama de cadencias, como alguien que había viajado mucho y había incorporado a su habla elementos de lo que oía por el camino. Elizalde miró el ordenado caos de la tienda entornando los ojos y creyó distinguir un bulto sentado en una de las dos butacas estilo hacienda de principios del siglo xx de madera de cocobolo, cuyo lustroso acabado resultaba visible incluso en la penumbra. Le dio la impresión de que el hombre era bajito para tratarse de un adulto; más bien, parecía un duende o un diablillo.

—¿Se puede saber qué está haciendo aquí? —preguntó Elizalde, y añadió—: Tengo un arma.

—Oh, no me cabe la menor duda —fue la respuesta—. Sería imprudente no tenerla, con la cantidad de objetos de valor que pasan por sus manos. Aunque aquí no veo muchos. No soy ningún experto, pero a mí muchas de estas cosas me parecen baratijas, y las baratijas no sacan de pobre a nadie. Por cierto, puede apuntarme con la lámpara, si así se siente mejor. Pero le agradecería que la mantuviera más baja que alta. No quiero que me deslumbre.

Elizalde movió la lámpara, pero se quedó a un lado de ella y se aseguró de que el marco del despachito le ofrecía protección. El haz de luz reveló a un hombre delgado que no debía de pasar del metro y medio. Llevaba una camisa de lunares rojos y blancos con el botón superior desabrochado y una corbata azul a media asta. Los pantalones azul marino se mantenían en su sitio gracias a unos tirantes y los zapatos eran de dos tonos, rojos y blancos. A Elizalde le pareció un personaje que se había perdido en un desfile de un 4 de Julio norteamericano y no había logrado encontrar el camino de regreso. Tenía las manos unidas en el regazo, y Elizalde no vio que hubiese ningún arma a su alcance. Relajándose un tanto, salió del rincón. El hombre le dedicó una sonrisa de aliento.

—Muy bien, no muerdo. De estos animalitos que andan por el suelo no respondo, pero por el momento se han portado bien.

—Son arañas domésticas —dijo Elizalde—. Si lo mordiesen, apenas lo notaría.

—Tal vez sí, si todas picaran a la vez, pero confiaré en lo que dice usted de ellas por separado. Y, en respuesta a su pregunta (y a las que vendrán, como, por ejemplo, quién soy), empecemos por las dos primeras, el qué y el quién, que quizás sean las más fáciles de responder. Estoy aquí porque quiero hablar con usted, señor Elizalde. No hablo muy bien español, pero, por lo que he podido averiguar, supuse que su inglés sería bueno, teniendo en cuenta los negocios que ha hecho con hablantes de esa lengua a lo largo de los años.

»En lo que respecta a quién soy, me llamo Seeley, y soy un solucionador. Ayudo a resolver problemas. —Cruzó las piernas y se recostó—. Tengo que reconocer que esta es una butaca muy cómoda. Bonita y baja, pero sin demasiado fondo. Por mi estatura, suelo tener dificultades con los asientos, y también con mesas y camas. Siempre pensé que Ricitos de Oro tenía debilidad por lo pequeño, que puede que sea la razón por la que me gusta tanto ese cuento. El mundo se rige por la ley del menor esfuerzo, o eso me parece a mí. Para aquellos de nosotros que nos desviamos de la media, es implacable.

Seeley captó la expresión de desconcierto en la cara de Elizalde.

—Ya estoy otra vez —dijo—. Me han advertido que tiendo a la verborrea. Creía que eso hacía que la gente se relajase, pero entiendo que no es siempre el caso. Considere mi locuacidad un gaje del oficio. Vengo del sector de las ventas, y el único vendedor callado es el muerto.

Elizalde se alegró de llevar un arma. Cuanto más escuchaba de Seeley, más se convencía de que ese hombre tenía malas intenciones.

—¿Y qué es lo que intenta venderme, señor Seeley?

Este sonrió con tristeza.

—Bien, señor Elizalde, pretendo venderle una muerte fácil.